

+18



EL DOMINANTE

TARA SUE ME

SUMISIÓN II

Sumisión 2.
El dominante

Tara Sue Me

Traducción de Laura Fernández Nogales

Esencia/Planeta

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Dominant*

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Shutterstock

Fotografía de la autora: © Glen McCurtayne, Coleman/Rayner, 2013

© Tara Sue Me, 2013

Publicado de acuerdo con NAL Signet, un sello de Penguin Group (USA) Inc.

© por la traducción, Laura Fernández Nogales, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: julio de 2014

Depósito legal: B. 11.318-2014

ISBN 978-84-08-12897-7

ISBN 978-0-451-46623-5, New American Library, una división de Penguin Group Inc., Nueva York, Estados Unidos, edición original

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: EGEDSA

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



El teléfono de mi escritorio emitió un suave doble pitido.

Miré el reloj. Las cuatro y media. Mi secretaria tenía instrucciones explícitas de no interrumpirme a menos que llamara alguna de las dos personas que le había dicho. Como era muy pronto para que Yang Cai me llamara desde China, sólo podía ser el otro.

Apreté el botón del intercomunicador.

—Dime, Sara.

—El señor Godwin al teléfono, señor.

Excelente.

—¿Ha llegado algún sobre de su parte? —pregunté.

Oí ruido de papeles de fondo.

—Sí, señor. ¿Quiere que se lo lleve?

—No, lo cogeré después. —Corté la conexión y me puse los auriculares—. Godwin, esperaba que me llamara antes. Seis días antes para ser exactos.

Llevaba todo ese tiempo esperando el sobre.

—Lo siento, señor West. Recibió una solicitud de última hora que quería incluir en esta remesa.

Claro. Las mujeres no sabían que yo hubiera impuesto ningún plazo. Ya lo aclararía con Godwin más adelante.

—¿Cuántas hay esta vez? —pregunté.

—Cuatro. —Parecía aliviado de que hubiera aparcado el asunto del retraso—. Tres experimentadas y una sin experiencia ni referencias.

Me recliné en la silla y estiré las piernas. No deberíamos estar manteniendo esa conversación. Godwin conocía muy bien mis preferencias.

—Ya sabe lo que pienso sobre las sumisas inexpertas.

—Ya lo sé, señor —dijo y me lo imaginé limpiándose el sudor de la frente—. Pero esta es distinta. Preguntó específicamente por usted.

Estiré una pierna y después la otra. Necesitaba correr un buen rato, pero tendría que esperar hasta la noche.

—Todas preguntan por mí.

No era vanidad, sólo un hecho completamente objetivo.

—Sí, señor, pero ésta sólo quiere servirle a usted. No está interesada en nadie más.

Me incorporé.

—¿Ah, sí?

—En su solicitud ha especificado claramente que sólo quiere someterse a su voluntad.

Yo había establecido unas normas sobre la experiencia previa y las referencias, porque, para ser sincero, no tenía tiempo de entrenar a una sumisa. Prefería alguien con experiencia, una mujer que se adaptara rápido a mi forma de hacer las cosas. Alguien a quien yo pudiera descubrir igual de rápido. Y por eso siempre incluía una larga lista en la solicitud para asegurarme de que las candidatas sabían exactamente en qué se estaban metiendo.

—Supongo que habrá rellenado la lista correctamente y no habrá indicado que está dispuesta a hacer cualquier cosa.

Eso ya ocurrió en una ocasión, pero Godwin había aprendido mucho desde entonces.

—Sí, señor.

—Supongo que puedo echarle un vistazo.

—Es la última del pliego, señor.

Eso significaba que esa chica era la que lo había retrasado todo.

—Gracias, Godwin.

Colgué el teléfono y salí de mi despacho. Sara me entregó el sobre.

—¿Por qué no te vas a casa, Sara? —Me puse el sobre debajo del brazo—. Esto debería estar tranquilo el resto de la tarde.

La chica me dio las gracias, mientras yo volvía a meterme en el despacho.

Cogí una botella de agua, la dejé en el escritorio y abrí el sobre.

Leí por encima las tres primeras solicitudes. Nada fuera de lo común. Podría organizar un fin de semana de prueba con cualquiera de aquellas tres mujeres y no notaría la diferencia entre ellas.

Me froté la nuca y suspiré. Quizá llevara haciendo aquello demasiado tiempo. Quizá debiera intentar asentarme y tratar de ser «normal». Aunque esa vez tendría que intentarlo con alguien que no fuera Melanie.

El problema era que necesitaba ese estilo de vida, necesitaba ser un Dominante. Sólo quería algo especial para poder seguir.

Me tomé un buen trago de agua y miré el reloj. Las cinco en punto. Era muy poco probable que encontrara algo especial en la cuarta solicitud. Esa mujer no tenía experiencia y ni siquiera valía la pena que revisara sus documentos. Sin siquiera mirarla, cogí la solicitud y la puse encima de la pila de documentos que tenía para destruir. Las otras tres las dejé una al lado de la otra encima del escritorio y volví a leer la primera página de cada una.

Nada. No había casi nada que diferenciara a ninguna de ellas. Me limitaría a cerrar los ojos y elegir una al azar. La del medio serviría.

Pero mientras repasaba su información, mis ojos se desviaron hacia la pila de papeles para destruir. La solicitud que había descartado la había rellenado una mujer que quería ser mi sumisa. Se había tomado muchas molestias en rellenar el documento y Godwin había aguardado a mandarme las solicitudes para esperar a la señorita notengo-experiencia-y-sólo-quiero-a-Nathaniel-West. Lo menos que podía hacer era mostrar un poco de respeto por aquella mujer y leer la información que me había adjuntado.

Cogí la solicitud que había descartado y leí su nombre.

Abigail King.

Los papeles resbalaron de entre mis manos y volaron hasta el suelo.

A los ojos del mundo yo era un triunfador.

Poseía y dirigía mi propia empresa financiera internacional. Tenía cientos de empleados. Vivía en una mansión que había salido en las páginas de las revistas más prestigiosas. Tenía una familia estu-

penda. El noventa y nueve por ciento del tiempo estaba muy contento con mi vida. Pero quedaba ese uno por ciento...

Ese uno por ciento no dejaba de repetirme que era un completo fracasado.

Que estaba rodeado de cientos de personas, pero pocos me conocían.

Que mi estilo de vida no era aceptable.

Que nunca encontraría a alguien a quien amar y que pudiera corresponderme.

Nunca me había arrepentido de adoptar el estilo de vida de un Dominante. Normalmente me sentía muy completo y si había algún momento en que me sentía diferente, era muy de vez en cuando.

Sólo me sentía incompleto cuando iba a la biblioteca pública y volvía a ver a Abby. Por supuesto, hasta que su solicitud apareció en mi escritorio, yo no tenía manera de saber que ella sabía siquiera que yo existía. Hasta entonces, Abby era lo que simbolizaba para mí ese uno por ciento. Nuestros mundos estaban tan separados que no podían y no debían colisionar.

Pero si Abby era una sumisa y quería ser mi sumisa...

Permití que mi mente se adentrara por caminos que me había negado durante años. Abrí las puertas de mi imaginación y dejé que las imágenes me inundaran.

Abby desnuda y atada a mi cama.

Abby de rodillas para mí.

Abby suplicándome que la azotara.

Oh, sí.

Recogí su solicitud del suelo y empecé a leer.

Nombre, dirección, número de teléfono y ocupación. Eché un vistazo por encima. Volví la página para ver su historial médico: función hepática normal y niveles normales de células en sangre, acreditaba resultados negativos para el sida, la hepatitis y la presencia de drogas en la orina. La única medicación que tomaba eran las pastillas anticonceptivas que yo indicaba.

Seguí hasta la siguiente página y leí el contenido de su lista. Godwin no mentía cuando dijo que Abby no tenía experiencia. Sólo había

marcado siete cosas de la lista: sexo vaginal, masturbación, vendas para los ojos, azotes, tragar semen, magreos y privación sexual. Junto a ese punto había escrito: «Ja, ja. No estoy segura de que entendamos lo mismo por privación sexual». Sonreí. Tenía sentido del humor.

En algunos puntos había marcado la casilla de límite infranqueable. Lo respetaba; yo también tenía mis límites. Repasé la lista y me di cuenta de que algunos coincidían con los suyos. Otros no. No había nada de malo en eso, los límites cambiaban y las listas también. Si estábamos juntos el tiempo...

¿En qué estaba pensando? ¿De verdad me estaba planteando llamar a Abby para hacerle una prueba?

Pues sí. Lo estaba valorando.

Pero sabía muy bien que si esa solicitud fuera de cualquier otra mujer no la habría mirado dos veces. La hubiera destruido y me habría olvidado de su existencia. Yo no entrenaba sumisas.

Pero la solicitud era de Abby, y no quería destruirla. Quería leerla una y otra vez hasta aprendérmela de memoria. Quería hacer una lista de las cosas que indicaba que estaba dispuesta a probar y demostrarle el placer que podía sentir haciéndolas. Quería estudiar su cuerpo hasta que todas sus curvas estuvieran grabadas en mi mente de forma permanente, hasta que mis manos supieran y reconocieran cada una de sus reacciones. Quería verla rindiéndose a su verdadera naturaleza sumisa.

Quería ser su Dominante.

¿Podría hacerlo? ¿Podía olvidarme de mis pensamientos sobre ella, la fantasía que nunca podría tener, y conformarme sólo con Abigail, la sumisa?

Sí. Sí que podía.

Porque yo era Nathaniel West y Nathaniel West nunca fracasaba. Y si Abby King dejaba de existir o podía sustituirla por Abigail King... Cogí el teléfono y marqué el número de Godwin.

—Sí, señor West —dijo—. ¿Ya se ha decidido?

—Envíale mi lista personal a Abigail King. Si sigue interesada después de leerla, dile que llame a Sara y le pida una cita para la semana que viene.



Abigail concertó una cita para la tarde del martes a las cuatro.

Pasé todo el lunes esperando que Sara me dijera que había llamado para cancelarla, pero el martes a la una ya había aceptado el hecho de que era muy probable que ella se presentara. Estaba inquieto.

Recorrí una y otra vez la distancia que separaba la ventana del escritorio, recordando a Abby tal como la había visto la última vez: demostrando una paciencia infinita mientras daba clases a un estudiante del instituto y riendo con suavidad de algo que le había dicho el adolescente. Luego me la imaginé tal como podía permitirme hacerlo en ese momento: como mi sumisa, preparada y dispuesta a servirme. A obedecer todas mis órdenes.

Volví a mi escritorio y me senté. Saqué el pliego de información que había preparado para ella y lo releí por tercera vez en una hora. Comprobé que todo estuviese en orden.

Mi primo Jackson me llamó a las tres y media y evitó que me volviera completamente loco.

—Hola —dijo—, ¿sigue en pie nuestra cita del sábado para jugar al squash?

Gruñí. Me había olvidado por completo de que le había prometido a Jackson la revancha para ese sábado. Si Abigail aceptaba pasar conmigo un fin de semana de prueba, ¿de verdad querría separarme de ella? Aunque por otro lado pensé que podría ser bueno que la dejase sola algunas horas. Así me podría dar un respiro de lo que prometía ser un fin de semana muy intenso.

Jackson percibió mis dudas.

—Si no puedes no pasa nada. Siempre puedo hacer un poco de paracaidismo.

Yo sabía que bromeaba: la última vez que se tiró en paracaídas, casi acaba con su carrera de quarterback.

O por lo menos esperaba que estuviera bromeando.

—No me chantajees —le dije—. No estaba intentando rajarme. Sólo quería asegurarme de que estaba libre. Es posible que tenga una cita.

—¿Una cita? ¿Después de la «chica de las perlas» estás dispuesto a volver a cabalgar?

—Ese apodo es una absoluta falta de respeto hacia Melanie.

Además, Jackson no podía estar más equivocado. Ya había «cabalgado» unas cuantas veces desde que lo dejé con Melanie.

—Sólo me refería a que me alegro de que la hayas dejado.

—No quiero seguir hablando de mi vida sentimental —le advertí, porque, entre otras cosas, no creía que Jackson tuviera ni idea de cómo era realmente mi vida sexual—. ¿A quién vas a llevar a la fiesta de beneficencia de mamá?

—De momento a nadie. Gracias por recordármelo —contestó con sarcasmo.

Hablamos un poco más y colgamos después de acordar vernos el sábado para un partido de squash.

Durante muchos años, Jackson había sido el hermano que nunca tuve. Mis padres murieron en un accidente de coche cuando yo tenía diez años y la hermana de mi madre, Linda, fue quien se ocupó de mí desde entonces.

Todd Welling y su mujer Elaina eran mis otros amigos, unos amigos tan cercanos que los sentía casi como si fueran mi familia. Cuando éramos niños, Todd y los suyos vivían en la casa contigua a la de los Clark. Elaina también vivía cerca y Todd y ella empezaron a salir juntos en el instituto y siguieron en la universidad. Se casaron un mes después de que Elaina se graduara. Todd era psiquiatra y ella diseñadora de moda.

Yo siempre había envidiado la relación que tenían. La pasión y el amor que sentían el uno por el otro era palpable. Ya hacía mucho tiempo que yo había abandonado la esperanza de poder tener algún día algo parecido, pero mi vida era lo que yo había elegido.

Si Abigail se convertía en mi sumisa, casi me compensaría no tener lo otro.

Mi teléfono emitió un doble pitido.

—¿Sí, Sara?

Me miré el reloj: las tres y treinta y cinco. Abigail era puntual. Otro punto positivo.

—La señorita King ya está aquí, señor.

—Gracias, Sara. Ya te avisaré cuando esté preparado.

Colgué.

Bebí un poco de agua y releí de nuevo aquellas páginas, aunque no estaba seguro de por qué lo hacía. Ya me las sabía de memoria.

Todo estaba preparado. Cuando el reloj dio las cuatro y cinco, llamé a Sara y le dije que hiciera pasar a Abigail.

Inspiré hondo, abrí un documento en blanco en el ordenador y empecé a teclear:

Nathaniel West es el mayor idiota del mundo.

¿Qué diablos te crees que estás haciendo?

Idiota.

Abigail abrió la puerta y entró en silencio, cerrando tras de sí.

Enorme. Jodido. Idiota.

No deberías haberla citado.

Éste va a ser el peor error que has cometido en tu vida.

Ella se detuvo en medio del despacho y, con el rabillo del ojo, la vi dejar caer las manos a los costados y separar los pies a la anchura de los hombros.

Mierda.

Mierda. Mierda. Mierda. Mierda. Mierda.

Mierda. Mierda. Mierda. Mierda. Mierda.

Joder. Joder. Joder.

Mierda.

Seguí tecleando mientras la observaba de reojo. Abigail inspiró hondo. Tenía los ojos cerrados. Yo continué:

Mantén la compostura, West. Está aquí por ti. Quiere ser tu sumisa. Lo menos que puedes hacer es no comportarte como un mariquita.

Ya lo has hecho muchas veces. Quiere ser tu sumisa. Tú eres un Dominante. No es nada nuevo. Nada especial.

Todo es muy sencillo, así que deja de teclear y complícalo un poco.

Dale lo que quiere. Dale lo que necesita.

Acepta lo que está dispuesta a darte.

Incluso también alguna cosa que ella ni siquiera sabe que puede ofrecerte.

Teclear me ayudó a aclararme las ideas. Era como tocar el piano. Escribí algunas líneas más, inspiré hondo y levanté la vista.

—Abigail King —dije.

Ella se sobresaltó. En realidad era lo que esperaba. Seguía con la cabeza gacha y un ligero temblor le recorría todo el cuerpo. Yo quería alargar el brazo, tocarla y tranquilizarla para que supiera que nunca le haría daño.

Pero en lugar de eso, cogí su solicitud y el pliego de documentos que le entregaría si la reunión progresaba adecuadamente y los golpeé sobre la mesa para apilarlos bien.

Abigail seguía con la cabeza gacha.

Muy bien.

Me separé del escritorio y me acerqué a ella. El temblor de su cuerpo se intensificó, pero sólo un poco. Me puse detrás y estiré el brazo. Había llegado el momento de tocarla y comprender que no era más que una mujer de carne y hueso. Nada más. Y nada menos.

Aparté a un lado su larga y oscura melena y me acerqué.

—No tienes referencias.

Se lo dije porque era cierto y porque quería ver cómo se le aceleraba el pulso en ese delicado lugar oculto en la base de su garganta.

Sí.

Justo así.

Me acerqué hasta que mis labios estuvieron casi pegados a su cuello.

—Quiero que sepas que no estoy interesado en entrenar a ninguna sumisa. Mis sumisas siempre han estado muy bien entrenadas.

¿Le gustaría saber por qué estaba haciendo una excepción en su caso? ¿Mis palabras delatarían que había algo diferente en ella?

Probablemente no. Pero debería haber sido así. Yo no solía actuar de aquella forma. Estaba cambiando las normas por su causa.

Y ella ni siquiera lo sabía.

La cogí del pelo y estiré.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres, Abigail? Tienes que estar segura.

Una pequeña parte de mí anhelaba que dijera que no, que levantara la cabeza y se marchara. Que no regresara nunca. Pero la mayor parte de mí quería que se quedara. La mayor parte de mí la deseaba.

No se movió. Ni tampoco se marchó.

Me reí y regresé al escritorio. Los dos éramos igual de obstinados. Quizá aquello funcionara, después de todo.

Maldita sea, yo quería que funcionara.

—Mírame, Abigail.

Nuestros ojos se encontraron por primera vez. Los suyos eran de color castaño oscuro y estaban rodeados por unas negras pestañas. Pude ver cada uno de sus pensamientos reflejados en aquellos ojos. El nerviosismo, el apetito, la sincera evaluación que reflejaban mientras paseaba la mirada sobre mí.

Tamborileé con los dedos sobre el escritorio. A ella se le oscurecieron los ojos y pareció avergonzarse un poco.

Ah, Abigail estaba pensando en sexo. Eso me hizo sonreír, pero me controlé; aún no era el momento.

—No me interesa saber por qué me has enviado tu solicitud. Si te elijo y aceptas mis condiciones, tu pasado no tendrá ninguna importancia. —Porque eso había quedado atrás. Junté los informes—. Ya sé todo lo que necesito saber.

Ella seguía sin moverse y sin decir nada.

—No estás entrenada —dije—. Pero eres muy buena.

Me volví hacia la ventana. La oscuridad reinaba fuera, pero la luz del despacho convertía la ventana en un espejo. Desde allí podía ver todo lo que hacía Abigail. Se encontró con mis ojos un segundo y luego bajó la vista.

Eso no podía ser.

—Me gustas bastante, Abigail King. Pero no recuerdo haberte dicho que apartaras la mirada.

«Sí —pensé, cuando sus ojos se volvieron a posar en los míos—. Tenemos que seguir avanzando.»

La tenía en mis manos y no la quería soltar.

—Sí, creo que necesitamos un fin de semana de prueba. —Le di la espalda a la ventana y me aflojé la corbata—. Si aceptas, vendrás a mi casa este viernes, exactamente a las seis. Yo me encargaré de que un coche te recoja. Cenaremos juntos y empezaremos a partir de ahí.

Dejé la corbata y me desabroché el botón superior de la camisa. Ella no se incomodó ni un ápice; quizá se excitara un poco, pero no parecía incómoda.

—Debo advertirte que espero ciertas cosas de mis sumisas. —*Mi* sumisa. Sí, Abigail King estaba a punto de ser mía—. Tendrás que dormir por lo menos ocho horas las noches del domingo al jueves. Te ceñirás a una dieta equilibrada; ya te enviaré los menús por correo electrónico. También tendrás que correr un kilómetro y medio tres veces por semana. Y trabajarás la fuerza y la resistencia en mi gimnasio dos veces por semana; recibirás tu carnet de socia mañana mismo. ¿Tienes alguna duda?

Ella permaneció en silencio.

Perfecto.

—Puedes contestar.

Entonces se humedeció los labios, pasando su lengua rosada por los contornos de su boca. Esa imagen me la puso dura.

«Tranquilo —me dije—. Ya habrá tiempo para eso. Dios... espero que llegue el momento.»

—No soy especialmente atlética, señor West. No me gusta mucho correr.

—Debes aprender a no dejar que te dominen tus debilidades, Abigail.

Ya que había sacado el tema, yo la ayudaría.

Volví a mi escritorio y anoté el nombre y el número de teléfono del profesor de yoga del gimnasio.

—También asistirás a clases de yoga tres veces por semana. Las puedes hacer en el gimnasio. ¿Alguna cosa más?

Ella negó con la cabeza.

—Muy bien. Nos veremos el viernes por la noche. —Le tendí los papeles—. Aquí encontrarás todo lo que necesitas saber.

Ella se acercó al escritorio y cogió los documentos. Luego esperó.

La perfección.

—Puedes retirarte.